

alternativa hasta que cese el porfiado conflicto, si alguna vez debe cesar, pues no acabará en tanto que el uno ó el otro no sea destruído. Pero ¿podrá concluirse nuestra inmortalidad? ¿Quién podrá extinguir nuestro odio implacable?»⁽¹⁾

Hasta que no sea quebrantado el orgullo del corazón, no hay que pensar en arrepentimiento ni en conversión. Pero «no se puede absolver á quien no se arrepiente. Ni es posible á la vez arrepentirse y querer el pecado, por la contradicción que envuelve».⁽²⁾

Teniendo eso en cuenta, se comprende que haya un pecado eterno, y por lo tanto, un eterno castigo. Comprendemos que el corazón de cada cual se rebele ante la idea de un castigo eterno; estas palabras conmueven aún al hombre más indiferente; hasta el hombre que juega con el vicio y con el crimen se irrita contra ellas, como si fuesen las palabras más escandalosas que pudieran salir de labios humanos. Eso prueba que la naturaleza humana es indestructible. Se puede cobrar afecto al pecado, y amontonar pecados; se puede proceder contra la razón y contra la conciencia, ó, en otros términos, contra la naturaleza; pero suprimirla del todo, es imposible: se abre impetuosamente camino con la violencia misma de su disgusto.

Por desgracia, únicamente se irrita contra las consecuencias del pecado, no contra sus causas, y sin embargo, no debería desconocer que aquí, como siempre, á las causas responden los efectos. Si el pecado es soberbia, debe considerárselo como alejamiento de Dios; si aquella permanece inflexible, nada hará que desaparezca la separación. Jamás podrán vivir unidos ídolos y Dios. Quien se atenga á los ídolos, no tiene el derecho de quejarse si Dios no quiere estar con él. Que se irrite contra la reprobación eterna, podrá parecer un derecho; pero que se irrite también contra el que lo hace eterno, esto es, el orgullo del pecador, el primero de todos los ídolos.

(1) Byron, *Cain*, 193 y sig. Cf. Dante, *Inferno*, XIV, 46, 72.

(2) Dante, *Inferno*, XXVII, 118-120.

Dios no puede suprimir el infierno, como tampoco lo creó; la soberbia creó el pecado y el infierno; la soberbia hace eternos el pecado y el castigo; únicamente la soberbia puede suprimirlos. Cuando determine someterse á Dios, entonces habrán concluído el pecado y el infierno.

9. El pecado no muere por sí mismo.—Obra de un momento es el pecado: como surge el rayo de la sombría nube, así brota aquél del corazón corrompido y produce incendio de muerte, si no contra pacíficos hermanos, á lo menos contra el alma propia.

Pero no por eso el corazón se desprende de la corrupción en que adquirió su fuerza devastadora; se comete el pecado, y la corrupción sigue siendo la misma. El pecado salió del corazón, pero se cierne sobre él, ó mejor dicho, sigue viviendo en él, y no desaparecerá hasta que sea cegada la fuente que le dió vida.

Inútil sería esperar que pierda por sí misma energía y vida esa causa de nuestra culpabilidad. La pasión sensual se apaga al mismo tiempo que el calor vital; la cólera se desvanece cuando se olvida al ofensor; únicamente la soberbia no es vencida por el tiempo, ni le quita su mortífero poder la decadencia de las fuerzas vitales. Al pretender dominarla por medio de la razón, se la exaspera; si vence, aumenta su audacia; si queremos humillarla, crece su cólera.

Por lo tanto, el amor propio nunca muere por sí mismo: si no le matamos en lucha á muerte, eternamente vivirá. Y ¿qué podemos hacer contra él? El amor y la vida son indestructibles como nuestro mismo ser. Si el propio yo es el enemigo que deseamos vencer, si su vida es nuestra vida, y si su arma es el amor que nos tenemos ¿cómo podremos esperar nunca vencer en esa lucha, solos y abandonados á nuestras propias fuerzas?

10. Sólo la gracia puede salvarnos de nosotros mismos.—Ni la sabiduría ni el poder humanos pueden nada contra el orgullo, porque la prudencia y la fuerza son su madre y su nodriza. Para dominarlo se necesita un

poder superior á nuestras fuerzas. Siendo verdad que el orgullo es la raíz del pecado y la enfermedad del género humano, no puede haber duda en que el mundo no se curará, hasta que un poder sobrenatural no se incline misericordioso hacia nosotros. Nuestro poder basta para echarnos á tierra; el hombre cae inevitablemente cuando se envanece de su fuerza propia. Y le es imposible levantarse sin una virtud superior, y esa virtud, ese poder—aquí, por vez primera apuntamos la palabra que en lo sucesivo nos acompañará siempre, y que esperamos nos salvará—es la gracia misericordiosa de Dios.

CONFERENCIA XXII

EL ARREPENTIMIENTO

1. **El encarecimiento en las palabras.**—Una de las enfermedades más difundidas, pero—tenemos que confesarlo—una de las menos dañosas también, es la tendencia á exagerar. Hay en la familia un jovencito que hace moderados progresos en sus estudios; es de creer que saldrá bien de los exámenes. Más adelante en el baile y en el patinar; estuvo alguna vez en la escuela de equitación, y no sufrió ninguna caída. Lo que especialmente le distingue es su exterior; casi tan alto como su papá, le apunta ya el bozo; además tiene modales distinguidos. No carece de ingenio, ni hay peligro de que le perjudique la excesiva modestia. Basta eso para que sus tías, señoras que llegaron ya á esa edad en que se experimentan deseos de ejercer una maternal tutela, hablen sin cesar á sus conocidos del nuevo Salomón que hay en la casa. No tiene tanta suerte la hermana más pequeña. Es una niña llena de bondad, obediente, piadosa, modesta, pero su trato se resiente de cierta timidez en presencia de extraños; eso, que tan bien parece en una jovencita, le vale cada noche al acostarse amargas reconvenciones por tonta y por necia; hasta le dicen que es insufrible.

Ordinariamente, hablamos tan sólo en superlativo. ¿Qué no sucederá cuando algo provoque nuestra admiración? De esa manera se han hecho de moda esas ridículas expresiones de comparativo y superlativo, tan frecuentes, que ya no prestamos atención á su fatuidad. En las casas suelen quejarse de que los panes son ahora *infinitamente* pe-